

Días de vino y rosas

Director Blake Edwards

Actores. Jack Lemmon, Lee Remick **Año:** 1963

Comentario: Por MARCIAL Moreno



Existe un claro paralelismo entre Edwards y Billy Wilder, quien casi veinte años antes había rodado *Días sin huella*, su aportación desgarrada a un subgénero, el del alcoholismo y su tragedia, al que también pertenece la película que aquí nos ocupa.

Si bien sería aventurado establecer una influencia directa de Wilder sobre Edwards basándonos tan sólo en el esquema argumental, dado que ambas películas reproducen con total ortodoxia las claves del género (caída y degradación de los personajes, intentos vanos de recuperación, incierto final), si reparamos en la elección de Jack Lemmon, fetiche de las comedias de Wilder, con quien ya había intervenido en *Con faldas y a lo loco* y *El apartamento*, y cuya secuela, *Irma la dulce*, es del mismo año que *Días de vino y rosas*, se abre la sugerente perspectiva del reconocimiento a la obra del director austriaco.

Edwards pretende con su película dar una visión total del problema del alcoholismo. Es por ello que no nos hurta ninguna de las etapas del proceso. Mientras que en *Días sin huella* la caída de Ray Milland en la adicción está elidida y sólo hay una breve referencia rememorativa del protagonista, en esta obra el autor se detiene minuciosamente en el análisis de las causas y motivos que conducen a la dependencia del alcohol. En este sentido Edwards plantea una variedad de posibilidades, desde la congénita predisposición de Lee Remick, manifestada inicialmente en el chocolate, y fomentada por una educación restrictiva y una situación degradada ("El reino de la cucaracha"), pasando por la endeblez de la personalidad de Lemmon, asqueado con su trabajo pero incapaz de dejarlo, hasta la presión social que impone la resignación ante cualquier intento de rebelión, como ilustra perfectamente la escena en la que los vecinos reprochan a Lee Remick haber fumigado su apartamento.

A partir de ahí se reproduce fielmente el esquema marcado: caída progresiva e imparable en los abismos del alcohol, abandono de las responsabilidades familiares, malos tratos, intentos vanos de recuperación, redención de la soledad (como señala el brindis noruego al que se recurre cíclicamente: "Juntos en el paraíso"), degradación física, *delirium tremens*, delincuencia... El relato resulta de una negritud aplastante. En *Días sin huella* se nos concede un respiro que humaniza al personaje, aquél en el que repasa los sentimientos que le produce la bebida: se hace ser Miguel Ángel, Van Gogh, Shakespeare ..., aunque en última instancia todo quede reducido a un evanescente sueño, pero Edwards no otorga fascinación ninguna al alcohol. El resultado final no es todo lo redondo que cabría desear. A pesar de contar con momentos ciertamente brillantes, la película adolece del exceso de pretensiones. El interés en que no quede ningún cabo suelto, por trazar una explicación completa del problema, y por ofrecer una explicación para cada una de las situaciones, lastra y resta credibilidad a una historia a la que sin duda el espectador podría aportar más de lo que se le permite.

El plano final es quizá el momento más brillante del film. Se supone que Jack Lemmon se ha rehabilitado; es capaz incluso de mantener la firmeza ante su mujer, y cuando ella abandona la casa y él la observa desde la ventana, vemos reflejarse en el cristal, junto a su cara, el rótulo intermitente del bar que reclama nuevos clientes. Todo el drama interior del personaje, su incierta lucha, en un solo plano.

